

La muerte de un poeta



Gonzalo León

gonzaleon.blogspot.com

LA SEMANA PASADA, en el bar El Pajarito de Valparaíso, conversaba con el poeta Sergio Millán y de cómo llegamos a hablar del significado de la muerte de un poeta, en ese caso de Gonzalo Millán y de Enrique Lihn y de otros más que uno quisiera asesinar. La conversación la mantengo guardada en alcohol y por eso es fresca pero a la vez nebulosa. Millán dijo algo típico, como que la muerte de un poeta no significaba la muerte de la obra, sino todo lo contrario, y yo argumenté que la muerte de un poeta significaba la muerte de un proyecto de obra, pero no sólo eso, sino que la apertura a otras interpretaciones que el autor jamás imaginó y que algunas de esas interpretaciones podría haber considerado en vida como ahorrantes.

Ahora que escribo esta columna pienso en lo que sucedió hace cuatro años en un taxi colectivo hacia Viña. Millán y yo habíamos mirándonos

Cuando un poeta muere, se lleva a la tumba algunos versos o poemas completos, silencia en cierto sentido su obra publicada y provoca en algunos el deseo de hacerle el signo de la cruz.

a través del espejo retrovisor. En un momento le pregunté por qué había publicado tres títulos que, a mi juicio, estaban tan relacionados y en sólo tres años. Me refería a "Vida" (1984), "Virus" (1987) y "Sedécimos de la muerte" (1984). Millán se quedó callado y aproveché para explicarle que esos tres títulos sintetizaban la existencia, vale decir un nudo, se enferma y muere. Por esas días Millán aún no se había enfermado y, contento como un niño chico al recibir una pala de regalo, le dijo a su mujer: "No me había dado cuenta, ¿sí tú?".

Esta anécdota sirve para ejemplificar que, si un poeta como Millán no le había dado el mismo sentido que yo a esos tres títulos estando vivo, por razones obvias le sería

imposible hacerlo muerto. Millán falleció y creo que en el momento de su muerte también desapareció parte de su obra. Lo que quiero decir es que, cuando un poeta muere, se lleva a la tumba algunos versos o poemas completos, silencia en cierto sentido su obra publicada y provoca en algunos el deseo de hacerle el signo de la cruz. Algunos se preguntarán de qué estoy hablando, ya que, cuando un poeta muere, es cuando más obra hay a disposición. Si no, vean lo que está pasando con Roberto Bolaño.

Si no, vean lo que está pasando con Roberto Bolaño. Sin haber conocido a Lihn y sólo habiéndolo leído "El circo en llamas" (compilado por Germán Marín), "La masiquilla de las pobres esteras", "El Paseo Ahumada" y "Una nota estridente" (compilado

por Matías Ayala, una entrevista de Claudia Donoso) y escuchado lo que decían de él Roberto Merino o Carlos Altamirano, pienso que tal vez el sentido editorial que le ha estado dando su hija en Ediciones UDI* no es lo que el hombre querido o, más bien, anda más alejado de lo que él hizo en vida. Algunos replicarán poco qué tiene que ver la editorial por la que sale un libro, lo importante es que salga y que la mayor cantidad de gente lo lea. Ese lugar común se topa con la posibilidad o certeza de que al poeta eso no le haya importado.

El remedio tal vez para las consecuencias a la muerte de un poeta sean esas fundaciones creadas para el cuidado de sus obras. Sin embargo, aun así eso sería insuficiente, porque la obra sin el poeta queda desahogada, abierta para que cualquier gil le viole cuantas veces quiera. Y si esto suena a puritanismo literario, será porque lo es.

La Nación, 14 de Abril 2008 pag. 32

La muerte de un poeta [artículo]Gonzalo León.

Libros y documentos

AUTORÍA

León, Gonzalo

FECHA DE PUBLICACIÓN

2008

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La muerte de un poeta [artículo]Gonzalo León.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)